

La Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad de Barcelona

La Universidad de Barcelona ha fundado una Escuela de Idiomas Modernos. La importancia del hecho—en cuyo proyecto y realización tuve la fortuna de intervenir—justifica el comentario que va a hacerse aquí. Pero antes de enumerar las características de la nueva institución, es preciso hablar de sus antecedentes y de las necesidades a que viene a servir.

Sería de todo punto superfluo exponer las deficiencias de que adolece el aprendizaje de lenguas modernas en todos los grados de la enseñanza oficial. Son muchos los graduados españoles que al término de su vida escolar se encuentran con el desconocimiento práctico de las lenguas a las que los planes de estudios asignaban una parte de su trabajo. Uno no ignora la buena voluntad, el tesón con que muchos profesores de lenguas cumplen su cometido, pero sus esfuerzos no se hallan respaldados por el valor que esos mismos planes deberían conceder a tales enseñanzas. Baste recordar que en el Examen de Estado no se exigían pruebas de idiomas modernos. Tampoco ha sido ajeno a ello esa especie de complejo o pereza que actúa sobre muchos españoles, consistente en la vaga conciencia de que es imposible dominar otra lengua que la propia y que se traduce en una admiración exorbitante hacia quien es capaz de conseguirlo.

Cuando el bachiller llega a la Universidad, se encuentra con que sin el conocimiento de las lenguas fundamentales su información complementaria de clase sobre las técnicas e investigaciones producidas en otros países, y reflejadas en libros y revistas especializadas, resulta imposible, por lo que ha de vivir a expensas de traducciones, que, en el mejor de los casos, llegan con un retraso que merma esa vitalidad estimulante de todo lo nuevo.

Para aliviar esta realidad vienen funcionando de antiguo en las Facultades de Filosofía y Letras unas clases voluntarias de lenguas cuya escasa eficacia conocemos todos. Por su voluntariedad, suelen ser clases carentes de plan, duración y objetivos precisos, que a menudo derivan hacia lo literario y analítico, cuando no hacia la mera divagación cultural o a la floritura filológica.

Otro intento de remediar esta situación consiste en la concesión de becas y bolsas de viaje en el extranjero. Pero el remedio a veces resulta vicioso. Y lo es porque la mayoría de los becarios no conoce la lengua a cuyo país va con la soltura suficiente para oír lecciones y conferencias y para conversar con los profesores y estudiantes con quienes ha de convivir. El estudiante que consume el tiempo de su beca con un cierto sentido de responsabilidad, lo más a que llega es a aprender con más o menos amplitud la lengua,

pero la finalidad teórica de la beca, es decir, la investigación y el estudio, queda enteramente incumplida. No hace mucho me contaban el caso de un becario que llegó a un país para conocer cierto proceso industrial. Las diligencias para lograr su acceso a las fábricas fueron bastante laboriosas por la relación que tenían con la industria de guerra. Pero el día en que se hizo la presentación del becario se vió que, si bien era capaz de traducir un texto escrito, no entendía una palabra de la lengua hablada, por lo que fué invitado a dedicar dos o tres meses a ello para volver más tarde y comprender las explicaciones que pudieran darle.

El estudiante, pues, ante la limitación que le impone la realidad aludida, se ve obligado a buscar la solución fuera de la enseñanza oficial, cosa que no siempre es posible. De una parte, porque no está al alcance de todos costearse las clases de un profesor privado. De otra, porque la asistencia a academias de idiomas donde no se hace una agrupación de alumnos de acuerdo con su dedicación, nivel cultural y aptitudes mentales acaba por disgustar al estudiante universitario y hacerle desistir de sus propósitos.

Queda sólo el estudiar sin profesor y a salto de mata para lograr traducir a duras penas o, lo que es más fácil, desentenderse del conocimiento inmediato de lo que pueda hacerse en otros países y malgastar energías en una investigación de horizontes limitados o en una erudición local inconexa y sin trascendencia alguna.

Por fortuna, tal estado de cosas ha entrado en una fase de atención de la que cabe esperar realidades efectivas. Sería injusto olvidar en este aspecto la creación de una licenciatura en lenguas modernas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, de la que saldrá anualmente un grupo de licenciados bien preparados en la lengua y la cultura inglesa, alemana, francesa e italiana. Sin embargo, no resolverá lo que es un problema común a los universitarios de todas las Facultades.

A ello aspira la Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad de Barcelona. La enseñanza de los idiomas que en ella se estudian se desarrolla a lo largo de tres cursos: elemental, medio y superior. A los alumnos que poseen conocimientos suficientes para prescindir del curso elemental, se les somete previamente a un examen igual al que al final del mismo se exigirá a los asistentes a aquél. Las clases se desenvuelven con arreglo a un criterio absolutamente práctico, atendido al estado actual de la lengua y sin más referencias históricas o filológicas que las estrictamente precisas. Esta finalidad práctica está ayudada

por el número moderado de alumnos que constituyen cada grupo. Al término de los tres cursos, los alumnos que hayan realizado con éxito los exámenes anuales y el final, obtendrán un diploma universitario en la lengua estudiada.

La creación de este diploma, además de la garantía oficial de la posesión de una lengua, podría ser el primer paso para ampliar las bases sociales y la esfera de acción de la Universidad, si algún día, por las autoridades a quienes compete, se decidiera facilitar el acceso a esta Escuela de otros estudiantes no universitarios. Por de pronto, se ha incorporado a ella en esta su primera etapa un número estimable de titulados de la Universidad y de otras instituciones oficiales del Estado.

Nuestra Universidad, en efecto, es demasiado hermética. En cualquier otro país, amén de los títulos de licenciado y doctor de las Facultades tradicionales, las Universidades otorgan una serie de diplomas y títulos secundarios que dan satisfacción espiritual a quienes, sin aspirar a una carrera facultativa, desean vincular su saber a la más alta institución cultural. Ello hace que la Universidad no resulte un organismo distante e inaccesible.

Este diploma, pues, además de remate y garantía del conocimiento instrumental de un idioma por parte de los universitarios, abriría a los no universitarios, y en determinados casos a ellos mismos, todo un conjunto de posibilidades profesionales carentes en la actualidad de regulación y refrendo oficiales: intérpretes de Asambleas y Congresos internacionales, traductores de editoriales, archivos, laboratorios y centros

de investigación, corresponsales comerciales y de prensa, etc. Estas modalidades, además de los tres cursos generales mencionados, podrían ser objeto de un curso complementario de especialización. Es decir, que para lo que hoy día puede ser patrimonio de la improvisación y de la insolencia, cuando no de la pura picardía, podría disponerse de un número suficiente de titulados provistos de un testimonio indudable de su preparación para tales menesteres.

En el curso actual de la Escuela de Barcelona, las lenguas enseñadas son solamente dos: Inglés y Alemán. A ellas se piensa añadir en el curso próximo el Francés y el Italiano. Las cuotas que pagan los alumnos son módicas, y los profesores han sido cuidadosamente seleccionados. Las clases tienen como complemento proyecciones de películas habladas en la lengua objeto de estudio.

La Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad de Barcelona ha iniciado sus tareas con más de quinientas inscripciones, procedentes en su mayoría de las cinco Facultades y de las Escuelas de Arquitectura e Ingenieros, lo que la convierte además en zona de convivencia y relación entre los estudiantes de las diversas disciplinas.

Todo lo dicho hace ocioso ponderar la importancia de esta Escuela. Ese medio millar de alumnos que han acudido a su llamamiento, las necesidades a que obedece y el criterio de eficacia con que nació son garantía de la fecundidad de su quehacer.

RAMÓN CARNICER

El nivel cultural de los Institutos

Lo que está sucediendo en las oposiciones a cátedras de Instituto merece comentario aparte. Hacía ya tres años que no se celebraban; las correspondientes convocatorias sacaron a oposición un número de plazas desusados, pero que, en resumen, tenía amplia justificación en los años pasados sin celebrarse oposiciones; se trataba de una simple acumulación. Todo esto muy justo y razonable. Pero... ¿se ha producido una acumulación de opositores similar a la de plazas? Y entramos ahora en materia.

Estas oposiciones eran "antes"—el "antes" este es intemporal—de un alto nivel intelectual, a la par que reñidísimas. Hablemos algo acerca de algunas de ellas, en la actualidad en curso, sin que nadie vea en mis palabras otra cosa que juicios generales.

Se convocaron veinticinco cátedras de Matemáticas. Firmaron la oposición 108; empezaron 44. Durante el primer ejercicio se retiraron dos y fué eliminado uno. En el segundo ejercicio cinco retirados y once eliminados. En el tercero dos retirados y dos eliminados. Quedan ahora catorce unánimes y dos

por mayoría. Hay, pues, ya nueve cátedras desiertas. En Historia se convocan nueve plazas. Firman ciento cuatro. Empiezan 28. Tras el primer ejercicio quedan 22; tras el segundo, 18; tras el tercero, 17. Las oposiciones siguen. En Filosofía se convocaron doce plazas. Firmaron 67 y empezaron 28. Tras el segundo ejercicio quedan siete unánimes y nueve mayoritarios. En Latín, para 18 plazas, empezaron la oposición cuarenta y ocho. Tras el primer ejercicio fueron eliminados ya doce. La oposición está terminando en la actualidad con veinte opositores (1).

En todas estas oposiciones hay que observar el fenómeno de que se mantienen los programas con el rigor de siempre. Esto provoca una autoeliminación antes de comenzar, realmente desmesurada. Según juicio de los mismos actuantes, el criterio de los Tribunales es de benevolencia justa. A pesar de todo,

(1) En el momento de publicarse el presente número, estas oposiciones han terminado. En Matemáticas quedaron once cátedras desiertas; en Filosofía, una; en Latín se cubrieron, por último, las dieciocho. (N. de la R.)